

Thomas Nagel

MIND & COSMOS. Why the materialist neo-darwinian conception of nature is almost certainly false.

New York: Oxford University Press. 2012

Un encendido debate

Edison Otero

En términos generales, en la filosofía y en la ciencia los debates intelectuales no son precisamente diplomáticos. No se trata de juegos de salón. Por el contrario, pueden llegar a exhibir un estilo ácido y profundamente descalificador. Pero, en honor a la verdad, nadie hace demasiado asunto con este hecho. Se asume que forma parte del juego y de sus reglas. Para recordar solo algunos ejemplos, tomados al azar, se podría aludir a los enfrentamientos (siempre en forma escrita e impresa) a los que dio lugar el muchas veces referido ‘affaire Sokal’, cuando un físico estadounidense puso a la vista lo que le parecía el estilo impostural de muchos escritores identificables como ‘posmodernistas’, ‘post-estructuralistas’, ‘deconstruccionistas’, principalmente en el ámbito de las humanidades (1). Los epítetos cubrieron toda la amplia gama de las ofensas literarias. Pero, sea dicho de una buena vez, no corrió sangre. Lejos por igual del estilo versallesco como de las conductas agresivas explícitas, las discusiones intelectuales tienen su propio ritmo, tono y tenor ofensivo. Podemos consignar otro ejemplo: el mismísimo Karl Popper –casi universalmente apreciado por sus colegas- se permitió afirmar –refiriéndose a la teoría crítica de la sociedad- que “los escritos de la Escuela de Frankfurt” eran “el opio de los intelectuales” (2). Y si de indignaciones se trata, no podría omitirse la reacción airada y ofendida de los seguidores del alemán Martín Heidegger frente a las primeras insinuaciones –sólo eso, insinuaciones- de la complicidad de su maestro con el régimen nazi.

Dicho lo anterior, nadie podría en consecuencia sorprenderse en demasía de la algarabía con que ha sido recibido el último libro del reconocido filósofo estadounidense Thomas Nagel. Ni siquiera el propio Nagel, alguien alejado por temperamento de las batallas públicas de ideas en las que se involucraron colegas suyos a los que ha admirado sin reservas –John Searle, Ronald Dworkin, etc. Si fuera por las estadísticas, los críticos de este libro reciente de Nagel suman un contingente no despreciable, en tanto sus defensores no alcanzan sino a unos pocos. Sólo que sería un error declarar zanjada la polémica aplicando un criterio exclusivamente numérico.

Sucede que Nagel se ha permitido poner en cuestión la visión del cosmos y de la vida que prevalecen hoy, lo cual implica sostener dudas razonables sobre los supuestos centrales de la astronomía, la física y la biología. En lo principal, sostiene Nagel: *“Por largo tiempo he encontrado que la explicación materialista de cómo nosotros y los organismos semejantes llegaron a existir resulta difícil de creer, incluyendo la versión estándar de cómo ocurre el proceso evolutivo”* (p. 5). Se trata de un abierto ataque a lo que, sin duda, es la ortodoxia de las ciencias naturales actuales. Ciertamente, el que se trate de una ortodoxia no la vuelve ipso facto falsa o dudosa. Con un argumento así, habría que oponerse a la tectónica de placas o la teoría del código genético simplemente porque constituyen el modo dominante de pensar en sus respectivas disciplinas.

Pero, la postura escéptica de Nagel no busca respaldo en creencias religiosas o en cualquier otra alternativa. Esta sola precisión vuelve sumamente inabordable la respuesta crítica a su posición. En el panorama intelectual reciente, el punto de vista alternativo al neo-darwinismo es, únicamente, el Diseño Inteligente, que declaradamente es una inferencia a partir de la creencia en un Dios y no se destaca, precisamente –según quienes se le oponen- por su apego a la coherencia argumental y a los criterios estándar de evidencia y prueba. Tal no es una opción para Nagel, un declarado ateo (p. 95). Obviada semejante opción, y reconociendo el autor que no tiene una alternativa que ofrecer a la que ha sido elaborada por la ortodoxia científica –según él mismo la califica-, no hay mucho camino para andar en alguna dirección eventual.

A menos, está claro, que el intento consista en pedirle cuentas a la explicación vigente, no por sus muchos logros sino por aquello que no logra explicar satisfactoria y convincentemente. Este un punto crucial. Nagel reconoce sin complejos los innegables éxitos de las ciencias naturales en versión materialista, reduccionista, evolucionista, cognitivista, y neuro-cientista. Sostiene: *“Se ha vuelto claro que nuestros cuerpos y nuestros sistemas nerviosos centrales son partes del mundo físico, compuestos de los mismos elementos que todo lo demás...la biología molecular continúa acrecentando el conocimiento de nuestra propia composición física, su operación y desarrollo. Finalmente, hasta donde podemos decirlo, nuestras vidas mentales, incluyendo nuestras experiencia subjetivas, y las de las demás criaturas, están fuertemente conectadas con, y probablemente dependiendo estrictamente de, eventos físicos en nuestros cerebros y en la interacción física de nuestros cuerpos con el resto del mundo físico”* (p. 36). Admite, en consecuencia, que no se tiene a la mano una concepción diferente capaz de competir en términos experimentales y teóricos con esos éxitos.

¿Cuál es, entonces, el punto? Según Nagel, la cuestión central es cómo explicar la aparición de organismos no sólo “físicamente adaptados con el entorno sino también sujetos conscientes” (p. 44). Todavía más, afirma que no poseemos una explicación del surgimiento de la razón, de la capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso, de evaluar evidencias y de determinar el estatus de nuestras hipótesis, de desarrollar visiones objetivas

acerca de la realidad física que nos excede. Se trata, en pocas palabras, de un perfecto misterio. En una primera instancia, Nagel considera la opción de desarrollar agregados o modificaciones a la explicación evolucionista estándar. Luego, ampliando el rango de su búsqueda, se compromete en opciones que, reconoce, resultan sumamente abstractas. En fin, bosqueja en gruesas pinceladas un modelo de explicación teleológica que, sin embargo, debe integrarse al modelo estándar que nos ofrece la biología evolucionista darwinista.

El filósofo tiene claro que la filosofía no puede proporcionar la respuesta a la incógnita por él planteada. Se trata, una vez más, de la ciencia. Sin embargo, hay algunas cuestiones sustantivas que Nagel rescata y reitera y que dicen relación con una actitud filosófica que él ha desarrollado y mantenido a través de su obra en el tiempo, lo cual dice relación con denunciar la tentación de creer que contamos, actualmente, con todas las herramientas teóricas e intelectuales en general con las que podemos explicarlo todo, se trate del universo, la vida en el planeta, o el funcionamiento de nuestro cerebro. De hecho, comparando con el pasado, es innegable que podemos hoy recursos explicativos abiertamente superiores a los de cualquier otra época. Sin embargo, es una ilusión suponer que nuestra condición conceptual y científica actual provee todo lo que se requiere para dar todas las respuestas. En otros períodos no tan distantes después de todo, se creyó tener a la mano el tipo de explicaciones finales que resolvían todos los enigmas. Dicho todo lo anterior, no tenemos cómo impedir que el futuro nos proporcione nuevas sorpresas y redefina muchas de las ideas que hoy consideramos categóricas. Se trata, al menos, de una posibilidad imposible de descartar.

A partir de consideraciones como éstas es que resulta algo desproporcionado el tipo de reacciones que recibió la aparición del libro de Nagel. Por de pronto, porque ningún conjunto de ideas puede autoproclamarse definitivo y decretar qué es lo que puede ser pensado y qué es lo que no es dable pensar, siquiera como ejercicio libre del pensamiento. Nagel ha sido profundamente leal con su oficio –la filosofía– y sabe que en los bordes limítrofes de cualquier concepción, siempre es posible hallar brechas, descalces o grietas; que, en suma, ninguna reflexión puede coonestada. La lectura de su libro permite al lector apreciar el estilo pulcro, razonable y exento de artificio del que hace gala. Nagel no proclama poseer la verdad, incluso admite lo abstracto de varios de sus argumentos. Pero ello no autoriza a sus críticos a rasgar vestiduras porque ha desarrollado el ejercicio de poner en entredicho lo que muchos suponen incuestionable. Puede que tengan toda la razón, pero no pueden prohibir pensar a quienes no terminan de estar convencidos.

NOTAS

- (1) La página web de Alan Sokal recoge todos los dimes y diretes de las partes:
<http://www.physics.nyu.edu/sokal/>
- (2) La afirmación está contenida en el libro *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*, página (1997, 86). Barcelona: Paidós.